

cubre los secretos que le había revelado su Padre, y nos consuela con las más magníficas esperanzas. En ella nos hace esta dulce y consoladora promesa. *Ya no os dejaré huérfanos. Jam non relinquam vos horfanoe.* Y para cumplirla nos dice: Yo os he prometido no dejaros huérfanos y ya os he dado por padre á mi propio padre; pero sois aun huérfanos de madre y para que mi promesa se cumpla bajo todos aspectos, hé aquí á María mi propia madre: esta es la madre que os he prometido, la madre que os faltaba, la madre que os doy y la que reparará ampliamente los males que os causaron Adán y Eva, nuestros primeros padres. Habeis perdido un padre y una madre en el orden de la naturaleza; pues un padre y una madre os he dado en el orden de la gracia. Nada teneis que envidiar ya á vuestro primer nacimiento.

En efecto, hermanos míos, cuando el Salvador llegó al término de sus dolorosas angustias, fijó en María su vista lánguida que en breve iba á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándole con una tierna mirada á Juan, el único discípulo fiel que la había seguido hasta el suplicio, le dice á María: "Hé ahí á tu hijo!" En seguida dice á Juan: "Hé ahí á tu madre!" Palabras adorables, palabras misteriosas, palabras llenas de consuelo que son como el testamento del Hijo de Dios. Advertid y notad, señores, que el testador es un Dios cuya poderosa voluntad produce todo lo que quiere, cuya palabra milagrosa cumple todo lo que expresa, cuyos deseos son creaciones. Así es que al pronunciar estas palabras: *Hé ahí á tu hijo, hé ahí á tu Madre*, no con el tono de un hombre que suplica, sino con la autoridad de un Dios que manda, no tan solo declara, sino que real y verdaderamente hace á María nuestra Madre; no le dá todo el título, sino tambien el corazón y los sentimientos de una tierna Madre para con nosotros. Es un Dios legislador que dicta una ley. Así es que aun no acababa Jesús de pronunciar estas palabras, cuando ya había creado en María sentimientos de madre para con los dis-

cípulos de Jesucristo y había creado en los discípulos fieles sentimientos de hijos para con María, y desde aquel momento María sintió conmoverse sus entrañas y abrirse su corazón á todo el afecto y á toda la ternura de una madre para con los nuevos hijos que le había dado su Unigénito.

Ahora bien, señores, si esto es así, si las palabras de Nuestro Señor Jesucristo son una verdadera ley, estas palabras encierran el plan de una magnífica institución que establece entre el Eterno Padre y nosotros, entre Jesucristo y nosotros, entre María y nosotros el más estrecho parentesco y nos liga con el más amoroso lazo. Escuchad, señores, cuán grande, cuán benéfica nos es esta institución.

Desde el momento en que nuestro señor Jesucristo cumplió su promesa de no dejarnos huérfanos, instituyó esta sociedad espiritual, esta inmensa familia del pueblo católico que tiene por padre al Padre Celestial, por madre á María Santísima, por hermano primogénito á nuestro señor Jesucristo, por casa la Santa Iglesia católica, por alimento el cuerpo y sangre del Cordero inmaculado y por herencia un trono en el reino de los cielos. ¡María, madre nuestra, que te hiciste tan milagrosamente fecunda al pié de la cruz, nosotros reconocemos en este feliz momento nuestra maternidad dolorosa á la cual daremos nuestro nuevo nacimiento! ¡En el Calvario, donde Jesús tuvo su tumba, nosotros tenemos nuestra cuna; donde él muere, nosotros nacemos! Pero ¡ay! ¡cuánto te hemos cossado! ¡A qué precio nos has adquirido!

¡Ah, hermanos míos! La muerte de nuestro señor Jesucristo se aproxima y el cielo y la tierra parece que conspiran de comun acuerdo para amargar más y más los dolores, el abandono y la soledad de esta madre desventurada. Al través de la pálida luz que los astros medio apagados dejan descender sobre la tierra deicida contempla María el sagrado cuerpo de Jesús hecho una sola llaga: ve sus labios cárdenos, sus mejillas descoloridas,

su pecho levantado, sus ojos apagados por el sueño de la muerte y la sangre que mana lentamente de sus heridas. Escucha el lánguido sonido de su voz moribunda, los tristes gemidos, los hondos suspiros de su humanidad desolada: lo mira por última vez y los ojos casi apagados de Jesús van á acabar de morir sobre ella. ¿Cuáles serían, hermanos míos, estas recíprocas miradas de María y de su hijo que agoniza? ¿Qué dolorosos y secretos los testimonios de su recíproco amor en esta separación? ¿Qué amargura, qué abandono, qué desolación para esta afligida madre! ¿Qué sacrificios invisibles, qué inexplicables dolores no padecería en aquel instante!

Por último, hermanos míos, María recibe en su regazo las últimas gotas de la sangre caliente de su Unigénito, ve traspasar su corazón con el golpe de la lanza, recibe en sus manos la corona y los clavos, coloca sobre su regazo el cuerpo exánime, lo ve ungir y colocar en el sepulcro y nada falta á su dolor para que sea completo. ¡Oh Eterno Padre! ¡Hé aquí la última víctima que queda á vuestra justicia irritada!

Habéis visto, hermanos míos, como en el Calvario todo es grande, sublime, majestuoso, inefable y digno del Dios que se inmola: por una parte el hijo de Dios que se ofrece él mismo en holocausto á la justicia del Padre por la salvación del mundo, por otra al Eterno Padre que no sólo preside al suplicio de Jesucristo, sino que está en el mismo Jesucristo, aceptando el sacrificio de los siglos que le ofrece su propio hijo y que con una pluma mojada en la sangre de Jesús borra la sentencia formidable que nos condenaba á perecer; y por otra á María colocada entre estos personajes, asociándose á los sentimientos de uno y de otro, y contribuyendo á cuanto ambos hacen por vuestra salvación.

Hé aquí, señores, el gran misterio que la Iglesia celebra cubierta de tristeza en este día. En él despoja sus altares, enmudece sus campanas, suspende las preces públicas, retira de nuestra adoración el cuerpo sagrado de

Jesús en el sacramento de su amor y viste de duelo á sus ministros. ¿Y para qué? ¡Ah! Para que adoremos la cruz, para que consolemos á María en su abandono y soledad, y para que recogidos profundamente meditemos el gran precio con que hemos sido rescatados. *Empti enim estis pretio magno.* Estos son los importantes objetos con que nos ha reunido hoy en este templo. Pero ¿cuáles son los frutos que esperais sacar? ¿Habéis venido á ver el tierno espectáculo del abandono de la madre de Jesucristo? ¡Ah! Los judíos vieron realmente en otro tiempo lo que ahora veis en figura y no se ablandó la dureza de su corazón. ¿Venís á interesar vuestros sentimientos en la historia de las humillaciones de Jesucristo? ¿Este mismo Salvador habló sobre la cruz y todo Israel se endureció á su palabra? ¿Volvereis á vuestras casas sin sacar fruto alguno de los sufrimientos del Hijo y de la Madre inmaculados?

Aquí entran ahora mis reflexiones, hermanos míos, acabais de llorar conmigo por las angustias y tormentos de Jesús y de María; pero se me encuentran los afectos y yo siento este intenso dolor por las desgracias vuestras, desgracias lamentables y que poco conocéis. Supuesta la admirable justicia del Altísimo, la veracidad de sus palabras y sus terribles amenazas contra el inicuo, me puedo yo valer con toda seguridad en este momento de aquella que no sé como llamarla, si lección amorosa ó sentencia formidable que Jesús les dirigió á las mujeres sensibles que se dolían de sus trabajos. “No lloreis por mí, les dijo, llorad por vosotros y por vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco? *Quia si in viride ligno haec faciunt, in arido ¿Quid fiet?* ¡Oyentes, temblad! Si esto se hace con Jesucristo y con María, ¿qué se hará con nosotros? Si la justicia de Dios fué inexorable con los inocentes, ¿qué hará con los culpables? Si esa justicia ofendida conduce al patíbulo á su Unigénito y traspasa con una espada el corazón de María, si estas personas tan castas han sido tratadas con tan-

to rigor, ¿qué castigos descargará el Señor sobre tantos pecadores, que traigan la iniquidad como el agua, para valerme de la expresion de un profeta?

¿Qué castigo reservará á tantos que han extinguido ya hasta los remordimientos de su conciencia? A tantos que ven impasibles crecer el número de sus dias sumergidos en pecados de costumbre, que han cegado su entendimiento y encallecido su corazon? ¿A tantos que toman la paciencia de Dios para el perdon, y su silencio para el olvido? ¡Temblemos, hermanos míos! no nos suceda lo que á la desgraciada descendencia de Jacob, que firme y obstinada en la esperanza de la venida majestuosa del Salvador, lo desconoce y blasfema, lo insulta y crucifica, porque de las sagradas letras tomó aquel pueblo solo lo que le lisongeaba; mas en castigo de su ceguedad y su dureza padece lo que estan viendo nuestros propios ojos. Así sucede con nosotros. Un rasgo de fe que conservamos por nuestra misma comodidad y esperanza, y algunos que otros ratos como éste en que lloramos los dolores del Hijo y de la Madre y asistimos á las augustas ceremonias de la Iglesia más bien con el cuerpo que con el espíritu, nos parece que esto basta para alcanzar nuestra justificacion y poseer la eterna bienaventuranza. ¡Ah, hermanos míos, qué ilusion, qué engaño tan lamentable! Si no despertamos de ese letargo profundo en que yacemos; si no sacudimos esa palma engañosa de la impenitencia; esa falsa paz que hace inútil todo remedio; si no lloramos nuestros pecados y meditamos profundamente lo que hemos costado al Padre, á Jesucristo y á María, pereceremos de un modo más terrible que Tiro y que Sidón. *Quia si in Tiro et Sidone facta fuissent miracula quae facta fuerunt in te olim in cicere et cilicio poenitentiam egissent.*

Mas ¿qué he hecho, hermanos míos? He venido á fulminar las amenazas de Dios en un dia consagrado exclusivamente á la misericordia y al perdon? ¡Ah! Soy ministro destinado á levantaros del error y me condenaría yo mismo sin salvaros á vosotros, si no os hiciese escu-

char la voz soberana de la justicia de Dios, aun en el momento más solemne de su bondad y de su amor.

¡Cristianos, hijos de María, hijos de sus penas y de sus dolores! ¿Podréis ver sin enterneceros las lágrimas que habeis costado á vuestra Madre? No olvidéis, dice el Señor, los gemidos de tu Madre: *Gemitus matris tuae ne obli- biscalis!* Cristiano, hermano de Jesús é hijo de María á tí se dirijen estas palabras. Cuando el mundo te atraiga con sus deleites, para desviar la imaginacion de sus preciosas delicias, acuérdate de las lágrimas de tu madre. *Gemitus, etc.*

En las violentas tentaciones cuando ya casi te falten las fuerzas, cuando la ocasion, el ejemplo ó el ardor de la juventud te inciten al pecado, no olvidéis las lágrimas de tu madre. *Gemitus, etc.*

¡Y vos, augusta y tierna Madre! ¡Vos que copeerasteis con la adorable Trinidad á los misterios tan portentosos que recordamos en este dia; vos que prestásteis vuestro consentimiento á las penas, amarguras y desamparo que sufristeis por nuestro amor: vos que nos engendrateis al pié del suplicio de vuestro Unigénito, dignaos dirigir hácia nosotros una mirada favorable! Los ángeles que os acompañan en vuestro desamparo son vuestros siervos: nosotros somos vuestros hijos. Ellos nos envidian nuestra suerte, porque el lugar que ocupan es á los piés de su Reina, y el lugar que los hijos ocupamos es en los brazos y en el corazon de nuestra madre. Muestra, pues, hoy que eres nuestra Madre, obteniéndonos de vuestro adorable Hijo que esa sangre caliente todavía que moja vuestros vestidos, nos alcance el verdadero espíritu de compasion y de penitencia, las lágrimas sinceras que borran la iniquidad y obtienen la misericordia y el perdon, á fin de que despues de merecer por ella nuestro perdon en la tierra, logremos tambien por ella la recompensa eterna en los cielos.—Así SEA.